

Borges y la búsqueda de lo sublime

Carlos Gómez Carro

UNO DE LOS RASGOS MÁS NOTORIOS, y posiblemente indispensables, de toda literatura es la presencia de la denominada “literatura menor”. Poetas de un solo poema; autores consagrados a partir de un par de líneas; mentores de un saber recurrente o de una idea obsesiva. Sin embargo, no es esto una incomodidad, antes bien es una necesidad; una exigencia más que una fatalidad. Únicamente en la monotonía se destaca la singularidad. Como en alguna línea apuntara Lugones, sólo desde la cima se perciben mejor los abismos.

Pero literatura menor no por lo que deja de conseguir el tejedor de historias o por desechable, sino por lo que anuncia. De hecho, por lo general el lector curioso juega en los textos a la adivinanza, a intentar pergeñar en el mar de palabras que constituyen una obra la recreación de la idea alucinante o de la imagen perdurable: la lectura entendida como el arduo trabajo de cernir el oro. Los múltiples esfuerzos que nos llevan a la cima.

En el ámbito de la escritura los textos largos, como lo pueden ser las novelas o los tratados de abundantes dimensiones, la estética que nos ofrecen es la de las grandes estepas que debemos cruzar para llegar al sitio en donde el texto propone su motivación esencial. Las grandes novelas lo son, nos advierte Ernesto Sabato, por sus grandes momentos poéticos; pero éstos no pueden prescindir de la aridez de otros instantes, de los espacios triviales, de las zonas que exigen al lector grandes trabajos y magras retribuciones, pero que después de recorrer el polvo y el barro se llega al hermoso pasaje. Pasaje que se nos ofrece como resultado del esfuerzo tenaz del lector, lo cual, sin duda, contribuye a una sensación de satisfacción casi física, de plenitud.

Jorge Luis Borges difería, como sabemos, de este andamiaje estético. Se preguntaba por qué escribir en quinientas o más páginas lo que bien puede decirse en unas pocas líneas. Prefería pensar que las quinientas páginas ya existían en algún sitio, y él prefería mejor sustentar un apretado resumen que hiciese visible para el lector el discurrir central de una anécdota, de una idea, de una trama.

Al escritor le bastaba suponer la posible existencia de un texto y aun de un autor para hablar de cada uno con las mismas consideraciones que empleara con autores y libros existentes y formar con todo aquello una peculiar geografía literaria. Así procedió en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius” (1941), relato en el que se sugiere, primero, el escenario de una civilización desconocida, con sus costumbres y leyes, profetas y filósofos, y, después, a partir del encuentro de una enciclopedia apócrifa e inquietante, la concepción de un planeta entero, más complejo y asombroso aún; texto en el que se destaca la punzante frase que profiere uno de sus personajes y que fungirá a partir de entonces como un emblema de la obra borgeana: “Los espejos y la cópula son abominables, porque multiplican el número de los hombres”. Así procede también en “Pierre Menard, autor del Quijote” (1941), relato en donde, a partir de la obsesión de un escritor contemporáneo de escribir el *Quijote*, distinto en su sentido al de Cervantes pero idéntico en su escritura, Borges razona sobre la necesidad de que cada época y cada lector deban recrear a partir de nuevas lecturas no sólo el *Quijote* sino toda la literatura universal. Cada escritor tiene el deber de recrear sus antecesores, señalaba el argentino, a partir de sus lecturas del imaginario procreado por Kafka. Más que el futuro, lo que prefigura el presente es un pasado ignoto.

Un proceso análogo encontramos en “La biblioteca de Babel” (1941), ficción en el que se creará ya no sólo una enciclopedia ficticia sino el universo entero a imagen y semejanza de una biblioteca. En el texto, su autor indaga acerca de las posibilidades de que en el universo ya esté todo escrito: los libros existentes y los que pudieron ser escritos; los que estarían por escribirse y los que nadie escribirá. No sólo todos los textos sino todo: vidas, historias privadas, alucinaciones, herejías, teologías y filosofías. Todo y todas sus posibles variantes. La escritura del universo y de todos los posibles e improbables universos.

La mera alusión al texto propicia un singular vértigo, no digamos su minucioso examen. El relato nos propone una multiplicidad de reflexiones de toda naturaleza. Comento, en principio, una de las más obvias. Filmes, series televisivas y literaturas posteriores que aluden a la creación de universos paralelos, reales o virtuales, ya sea como producto de alucinaciones o de experimentos cibernéticos, expresan el punto de partida que aparece en “La biblioteca de Babel”: la de un universo desmesurado pero finito en la profusión de sus partículas, y que correspondería significativamente a las posibilidades combinatorias, también finitas, del lenguaje. En tal biblioteca, cíclicamente repetida, el ser humano se encontraría ligado inherentemente a su condición básica, la de ser signo; signo que se entremezcla, se combina con otros signos para formar otros más, el Signo de signos: el universo, la biblioteca, la tautología extraordinaria que denominamos Dios.

Esto posibilita otro sendero de reflexiones. Si todo está escrito, puesto que es posible que todo esté escrito, el lector y quien escribe aquí no por el capricho del libre albedrío, la gana de coincidir en tiempo y espacio, sino por un destino que, en su minuciosa escritura, predetermina nuestros pasos, nuestros accidentes, nuestros olvidos, nuestras coincidencias. La versión literaria del tiempo circular, de la rueda de la historia. Más allá de fatalidades, éste es el laberinto que Jorge Luis Borges jugaba a pensar, a describir, a descifrar.

No obstante, no se trata de un inmovilismo al estilo del pregonado por el teorema de Zenón, al que Borges prestaba especial atención, en donde se sugiere la imposibilidad del movimiento, la imposibilidad de trasladarse de un punto A a un punto B, puesto que para llegar a este segundo punto antes debemos pasar por un punto intermedio C, y antes de C, por otro punto denominado D, y antes de D, por E, y así al infinito. Tal premisa teórica la aplicaba al lenguaje, a la imposibilidad de definir cabalmente cualquier palabra, puesto que para hacerlo tendríamos que definir

cada palabra empleada en la definición primaria y así hasta abarcar todas las palabras existentes; lo que en todo caso nos daría una idea del funcionamiento orgánico del lenguaje, una red en donde cada elemento está imbricado de modo indisoluble con el conjunto de la lengua. Pero, decíamos, lo relevante es que en algo nos muestra el porqué de la reticencia del escritor frente a los textos en extensión más que en intención. La tarea del escritor se nos propone más que como una profusión de signos como una selección. Lo relevante, lo significativo, en este sentido, es poder extraer del inmenso cardumen de las literaturas posibles aquello perdurable, necesario. La idea de que la tarea primaria de todo escritor no es escribir, sino leer. Escribir, sí, pero lo que bien vale la pena ser leído. No es inconsecuente el poeta argentino cuando afirmaba que él no se ufana de los libros que había escrito sino de los que había leído.

Tal alquimia verbal de espejos y laberintos, de minucioso rigor selectivo, ha creado, se ha insistido de diversos modos, una de las propuestas literarias más fascinantes del siglo xx. Quizá no sería excesivo aplicar en él el mismo ditirambo que expresara al aludir a Alfonso Reyes: se trata del mejor prosista de nuestra lengua, de éste y del otro lado del Atlántico, de éste y de cualquier otro siglo, no obstante los veinte años que nos separan de su desaparición física, que le hacía sentir a uno de sus lectores, Alejandro Rossi, la irreparable pérdida de un parte del universo.

El efecto en el lector de la obra borgeana, en el lector que consigue sumergirse en ella, es por lo general muy gratificante; más, incluso, algo que se sumará a la propia memoria de lo cual tendremos la sensación de acudir al ajedrez y a la espada que conforman la experiencia humana. Incluso, cuando uno no es capaz de seguir con toda precisión alguna de sus reflexiones, de reconstruir sus imágenes o intuir y participar de sus alegorías, resulta preferible, tal vez, pensar como él solía hacerlo de autores caros a otros pero no del todo a él –Valéry, digamos–, en donde ante el intento infructuoso de compartir los dilemas de su obra prefería señalar que no le había sido dado aún leerla.

Sin embargo, frente al placer del texto, el diálogo silencioso entre el lector y el autor, se advierten dos aspectos contrastantes que son fundamentales en su quehacer literario. Su declarada infelicidad ante la vida y su felicidad frente a los libros. De lo primero señala en unos versos (“El remordimiento”, 1976) decididamente expiatorios:

He cometido el peor de los pecados
Que un hombre puede cometer. No he sido feliz.

Que los glaciares del olvido
Me arrastren y me pierdan, despiadados (...)
No me abandona. Siempre está a mi lado
La sombra de haber sido un desdichado.

En otro poema, “El suicida” (1975), de un golpe se advierte el alivio que la muerte condonaría al peso que supone su interior universo metafísico. Escribe:

No quedará en la noche una estrella
No quedará la noche.
Moriré y conmigo la suma
Del intolerable universo.
Borraré las pirámides, las medallas,
Los continentes y las caras.
Borraré la acumulación del pasado.
Haré polvo la historia, polvo el polvo.
Estoy mirando el último poniente.
Oigo el último pájaro.
Lego la nada a nadie.

Un individuo, reflexionaba el escritor en “Otro fragmento apócrifo” (1985), tiene dos obligaciones básicas, la de ser feliz y la de ser justo. No es dilema simple cumplir simultáneamente con ambos deberes. En “Tres versiones de Judas” (1944), cuyo tema después ha reaparecido en bibliografías y filmografías diversas, exploraba la posibilidad de la complicidad voluntaria de Judas en el plan divino de la crucifixión. Aquí se entiende que el destino y deber de Jesús ya habían sido aceptados, pero en el caso del apóstol cuenta el libre albedrío; debía traicionar al Hijo de Dios aun a costa de la imagen que de Judas registraría la historia, la del traidor arquetípico. ¿Podían ambos, Dios y el apóstol, ser justos y ser felices?

Ser justos y ser felices tal vez no sea posible en la vida, pero sí en los libros, de ahí la incisiva vocación del escritor, dilema que en algún momento habría sopesado. Al rememorar sus inicios en el mundo literario privilegiaba el momento en que su padre, él todavía un niño, lo llevó a la biblioteca de su casa, tal hecho lo habría considerado el acontecimiento más importante de su vida. En aquel lugar su padre le propuso que siguiera un par de reglas: que leyera siempre por placer y que no se dejara llevar nunca por los grandes títulos ni los nombres célebres. Así lo hizo, al grado de que comentara muchos años después de ese suceso, en el 55 del siglo pasado, que él se imaginaba el paraíso quizá de una manera distinta a como el resto de las personas suele imaginarlo. Un paraíso formado por innumerables libros en los que él pudiese leer eternamente. En ese año, 1955,

había sido nombrado director de la biblioteca nacional cuyo acervo era entonces de un millón de libros, biblioteca situada, por cierto, en la calle México, en Buenos Aires. A Borges le había sido restituído el paraíso. Extraño paraíso, pero paraíso al fin.

Que a un hombre se le otorgue tal gracia nos concierne a todos, de modo semejante a como, según argumento suyo, el pecado de un solo hombre (hablaba de Adán y también de Caín) involucra a toda la humanidad, así como el sacrificio de uno de nosotros (aquí se refiere a Jesús hombre) también puede redimir a la especie. Sin embargo, ya para entonces, Borges está ciego. Se encuentra en el paraíso pero no puede verlo. Alude a tal situación en el “Poema de los dones” (1960). Dice:

Nadie rebaje a lágrima o reproche
Esta declaración de la maestría
De Dios, que con magnífica ironía
Me dio a la vez los libros y la noche.

Los libros y la noche; es decir, los libros y la imposibilidad de leerlos, la imposibilidad de contemplar el paraíso como lección culminante del destino humano.

Una versión del paraíso perdido, sí, pero también la alegoría, íntima y escéptica, de que si a la humanidad o a un individuo cualquiera, como a sí mismo se percibía, le fuera restituído el paraíso, no lograría verlo; como Borges, estamos ciegos. En realidad nunca habríamos sido expulsados, estamos en el paraíso y no lo sabemos; el castigo de Dios habría consistido en la incapacidad de verlo, creernos expulsados del mismo.

La escena del hombre ciego que tantea con mano temblorosa los objetos divinos sin poder verlos no es menos intensa y significativa que aquellas otras que atesoramos en nosotros como parte fundamental de la experiencia humana: la charla de dos hombres en la cruz y su esperanza; la de ese otro hombre y sus reflexiones ante la cicuta; la de un desconocido bibliotecario que contempla el incendio en Alejandría; o la de esa monja, mujer de letras que, ante su examen de conciencia, su confesor la obliga a callar y a desistir de su vocación.

Ser feliz y ser justo, la clave del laberinto. La literatura sería más que un sucedáneo de la vida. En la concepción borgeana la literatura no tendría la función de reflejar fielmente la realidad como pensara Flaubert, o como propone la ingeniosa inversión de los términos que disertara Oscar Wilde de que es la realidad la que copia al arte y no al revés. Aquí se daría una propuesta aún más extrema: literatura y

realidad no serían ya sus mutuos reflejos; la realidad sería suplantada por la literatura, o como lo aduce en la parte final y a modo de sentencia en “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”: “El mundo será Tlön”. Es decir, el mundo será sustituido por la imaginación; el mundo será a imagen y semejanza de su literatura.

Ante su irremediable situación, el hombre a quien la divinidad le dio los libros y la noche se habrá de preguntar cuál es el sentido del enigma al final de su laborioso laberinto existencial. En el “Epílogo” de *El hacedor*, libro publicado en 1960, el escritor apunta:

Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara.

Borges sentía, quizá como nota esperanzadora, que cada uno de nosotros, aun el más réprobo, cuenta con una pizca de divinidad que a lo largo de nuestra existencia podemos acrecentar o desperdiciar. Acrecentarla es una suerte de búsqueda de la perfección o, mejor, de acercamiento a lo divino, no exento de una peculiar metempsicosis. Al respecto, apuntaba en el poema “All Our Yesterdays” (1975):

Soy los que ya no son. Inútilmente
Soy en la tarde esa perdida gente.

O en “Yo” (1975):

soy la memoria de una espada
Que se dispersa en oro, en sombra, en nada.
Soy el que ve las proas desde el puerto;
Soy los contados libros, los contados
Grabados por el tiempo fatigados.

En otra de sus parábolas pensaba convencido que mucho tiempo creyó, creyó creer, que leer acerca del valor y la firmeza de la espada en la batalla era casi igual que estar en la batalla, recordaba entonces a Esopo, quien con ironía le habría dicho: “las uvas están verdes”; el mundo de la felicidad libresca no podía menguar la solidez del infeliz mundo real. Ya había escrito para entonces uno de sus epitafios: “El mundo es real y yo soy Borges”.

Si la espada es una extensión del brazo y los libros lo son de la memoria, agregaba el poeta en uno de sus múltiples y no menos diáfanos laberintos, cada uno de nosotros

—debemos entrever— somos la prolongación de alguien más. De manera que no es improbable que al leer a Shakespeare seamos, en ese instante y de algún modo, Shakespeare; como al besar por vez primera a una mujer seamos, por secuela de ese trance originario, Adán y ella sea Eva.

En “El acercamiento a Almotásim”² (1935) indaga y reflexiona con intensidad sobre un asunto paralelo. En el texto, el autor se propone la disertación de una novela ficticia, siguiendo los procedimientos que ya hemos advertido en otros textos. Se trata de una novela policial, con todos sus ingredientes, excepto por la circunstancia de que el objeto de la indagatoria no es de orden material, sino místico. Un estudiante que ha blasfemado de las creencias de sus padres se ve envuelto en una riña religiosa que lo obliga a emprender un largo peregrinaje a través de la inmensidad de la India. En este derrotero advierte que entre la gente vil que lo rodea aparece ocasionalmente un gesto, una frase, una actitud ponderada que no es de ellos, sino que es el reflejo de alguien más. Decide que su tarea existencial consiste en la búsqueda de quien proviene esa claridad. En el transcurso de los años y en los rastros dejados en los rostros de diversos individuos ve culminada su empresa, pues se le anuncia el formidable encuentro. La novela concluye en el instante en el que Almotásim, el hombre que es toda claridad, lo insta a entrar en una habitación en la que se advierte un fondo luminoso. En la imagen subyace la posibilidad de que se trate de un espejo. En su largo derrotero no ha hecho más que acercarse a sí mismo. La impresión, simultánea, de que tal búsqueda implica que Dios también anda en busca de otro dios igual o más perfecto que él y así hasta el infinito.

En esta tentativa de discusión y acercamiento a lo divino, que es elección por lo sublime, entrevemos que Borges, parafraseando una de sus notas, fue “incapaz de soslayar la más burda de las tentaciones del arte: la de ser un genio”. En su mundo de enigmas que trazan el contorno de su rostro, se muestra, en el discernimiento de una particular y fantástica teología, que Dios el inaudito es, a la vez, un universo que se expande inexorable, una biblioteca infinita y redundante; un espejo en el que Dios se mira en cada uno de nosotros, y sobre todo es escritura que, al leerse, se escribe. •

CARLOS GÓMEZ CARRO es profesor-investigador del Área de Literatura de la UAM-A, y actualmente coordinador editorial de *Tema y Variaciones de Literatura*, revista del Departamento de Humanidades de la misma institución).